

El canon y la revolución infotecnológica

Miquel Barceló

En febrero les hablaba aquí del *canon* que, debo reconocerlo, no me gusta casi nada. No soy el único, aunque por el momento vamos a tener canon queramos o no.

Así nos lo contaba, en una amable carta en respuesta a mi *Temporal*, el señor Antonio Rojas, jefe de prensa de la SGAE. Con una diligencia que uno ya quisiera encontrar en tantas otras cosas de la vida, el señor Rojas defendía la posición de la SGAE. Entre otras cosas decía que *"El canon no parte del supuesto de que "todos somos delincuentes". Todo lo contrario",* y se amparaba en unos *"estudios que han realizado las empresas tecnológicas, entidades de gestión y los Ministerios de Cultura y de Industria demuestran que el mayor uso que se da a los soportes tecnológicos es el de almacenar contenidos protegidos (música y películas fundamentalmente)".*

El señor Rojas, con mucho criterio, nos recuerda también que *"de no existir el canon digital, la copia privada sería ilegal",* y se ampara en el uso extendido del canon en toda Europa y en la defensa que del mismo hace el Comisario de Mercado Interior de la Comisión Europea, Charlie McCreevy. Ya se sabe: mal de muchos...

Debo decir que comprendo al señor Rojas y a sus equivalentes en medio mundo cuando consideran que *"es necesario para el desarrollo de la información proteger la propiedad intelectual, igual que se hace con la propiedad industrial, y facilitar al mismo tiempo a los usuarios el acceso a la cultura y los contenidos."* Lo acepto. Temo que hacen de la necesidad virtud. Pero tal vez se puede proteger la propiedad intelectual de otra manera. Para mí, el problema es que el canon es sólo una solución provisional, casi como una pataleta de niño/a que se acaba de quedar sin juguete.

Los tiempos están cambiando como nos decía Bob Dylan y eso no parece ser agradable para algunos autores y para las entidades como la SGAE que viven, como hace el señor Rojas, de gestionar los derechos de algunos artistas y quedarse una parte, imagino que pequeña, para mantener en marcha su sociedad de gestión.

Ocurre que la revolución de las infotecnologías ha incorporado novedades sin cuento. Entre ellas la digitalización casi total de contenidos: texto, ilustraciones, música, imagen y sonido en movimiento (léase cine y televisión...). Y es esa digitalización de contenidos que promueve la revolución infotecnológica la que da al traste con viejos esquemas.

Esa digitalización, unida a la idea que tuvo en 1999 un chaval de 19 años llamado Shawn Fanning de "compartir" música con sus amigos inventando Napster, ha dado al traste con todo el pasado y ha herido de muerte a ese Convenio de Berna de 1886 que está dando, con el canon, sus últimos coletazos de bestia herida y a punto de fallecer. Y que conste que si Fanning podía dejar su CD de música recién adquirido al vecino del piso de arriba, la nueva infotecnología le permite ahora dejarlo también a su vecino en la red, aunque éste viva en Finlandia... y no en el piso de arriba.

Ya sé que no han ocurrido ni siquiera diez años del Napster de Fanning, pero los cambios, imparables, están en marcha. Es sólo cuestión de tiempo. Yo lo siento por algunos autores y por los trabajadores de la SGAE pero su futuro me parece incierto o cuando menos, sumamente problemático.

Cuando James Watt patentó, en 1884, su nuevo modelo de máquina de vapor con cámara de condensación separada estaba dando lugar a los grandes cambios que han llevado a la sociedad industrial de la mano de la revolución industrial. Algunos de los que iban a perder

su *modus vivendi* se quejaron. Hubo movimientos anti-máquinas (protagonizados por los *luddites*), unos movimientos parecidos en su origen, me temo, a la actividad de quienes hoy defienden el pasado en forma de canon. Estoy seguro de que van a perder como perdieron los *luddites*...

Las cartas están echadas. El pasado acabará muriendo y habrá que concebir los derechos de propiedad intelectual de otra manera. ¿Las *Creative Commons*, tal vez? No lo sé, pero sí sé que el canon y el sistema hasta hoy vigente de hacer cumplir el viejo Convenio de Berna de 1886 tiene los días contados. La creatividad humana es potente y, como suele decirse, no se pueden poner vallas al campo. No va a poder ni siquiera la SGAE...